

HOJAS DE PAPALAGUINDA

Por Antonio PEREIRA

NADA, a mí no me extraña nada que vaya a exportarse a Suecia, debidamente traducida, una enciclopedia sexual celtíbera. No la conozco; pero creo que cuanto más celtíbera, mejor. Demasiadas veces hemos pensado, y aun publicado que el tema en cuestión es una pescadilla (escuálida) que se muerde la cola. Como en música se acaba volviendo a Beethoven y en el drama a Shakespeare, la aparente profusión de posibilidades amorosas conduce sin remedio a la del principio. Y España, además, es tradicional.

Basta ver, sobre todo en ciertas ciudades europeas, la impotencia a que han llegado con su libertad. Que, por supuesto, me abstengo de llamar libertinaje, porque uno no tiene vocación de moralista, todo lo más de observador. Como ya no caben otros excesos, está aproximándose la hora del retorno a las maniobras más platónicas en el eterno juego de un hombre y una mujer. Volverá el demorado encanto de que sea él quien la aceche a ella; y le tome una mano; y que la mano atenúe todavía su entrega dentro del guante... Hasta en Hamburgo lo vamos a ver.

Entonces será el momento de exportar, además de la enciclopedia, los tesoros de una narrativa olvidada. Los quioscos de Copenhague, de Múnich, de Ámsterdam, ya lo han enseñado todo. En el regreso inexorable del péndulo, cuando alguien quiera llegar muy lejos con su imaginación, lo que se dice arrimarse al fuego, vendrá a la lectura de nuestros Felipe Trigo, y López de Haro, y El Caballero Audaz. Son los perversos de nuestra adolescencia -a don Felipe le llamaban "el cinturón eléctrico"-, que luego, superados y arrollados por la escalada del erotismo, se quedaron en inocentes corderos aptos para colegiales.

Yo profetizo con humildad, pero con firmeza, que cuando los amantes vuelvan a tratarse de usted y a escribirse misivas, nuestros eróticos de hace medio siglo recobrarán un lugar estimable y en inglés, que es el latín universal del sexo: con aquel inefable repertorio de brazos mórbidos, senos turgentes y esas delicadezas así.

EN mis andanzas viajeras por las esquinas de ese pañuelo que es el mundo, pequeño pero no tanto, he traído con frecuencia una tonta, inconfesable frustración.

Celos profesionales, quede dicho de una vez. Envidia -que si fuese tiña me-desfiguraría el rostro de algunos compañeros afortunados cuando toman el avión en Fráncfort del Mein y se tropiezan con un financiero leonés. (Con los pocos que hay.) Y si van a Calcuta, los reciben con nicanores de Boñar. Desde luego, en Osaka, hay una fábrica de mantecadas de Astorga. Palabra de Alonso Luengo. Palabra de rey.

Esta vez, al fin, la Providencia me ha recompensado cumplidamente. No es porque en los aledaños de la Plaza Roja, la noche de San Juan -con mi pensamiento puesto en el verano de Papalaguinda y luego resulta que llovió a mares-, un moscovita alegre de vodka me diera vivas a España, para él representada en las carnes de Sarita Montiel. Ni que a las puertas del hotel Rossia -6.000 plazas, 6.000- el encuentro de un grupo de españoles y de hispanoamericanos se resolviera en escándalo folklórico, seguido a distancia por una red de policías infantilmente perplejos. Ni la coincidencia con el ingeniero forestal soviético que hace treinta y tantos años fue niño en Guernica. No. Si ya Dios andaba donde los pucheros teresianos, a mí vino a ayudarme por las sandalias. Igual que el ascensor se avería inexorablemente en domingo, el calzado, como todos sabemos, se descompone en el momento menos conveniente.

-¡Dios mío- o padrecito Lenin-, para encontrar un zapatero en Moscú!

-Ustedes, los occidentales, están muy equivocados respecto al sistema económico socialista -me tranquilizó el intérprete, que lo mismo explicaba la catedral de San Basilio el Dichoso que el funcionamiento de los koljoses-. Tenemos médicos privados, sastres liberales en su oficio, como los de Londres, y por supuesto, zapateros. Lo que jamás puede hacer ninguno de estos profesionales es explotar el trabajo de otro hombre, eso sí que no •

De allí a encontrar al remendón de mis sueños, no hubo más que un par de manzanas. Entonces aconteció lo increíble, el prodigio, la compensación definitiva de mis penosos complejos frente a los cronistas sagaces. El artista, que chapurreaba un pésimo español, quizá adquirido en el 36, se había casado con una moza oriunda... ¡de Villaquejida!

Lo que ahora podría yo contarles... Pero más detalles no doy, que los quiero para una novela. (Aunque otras casillas de Rusia, sí las comentaré algún próximo día.) Me basta saber que de hoy en adelante puedo medirme, en cierto modo, con colegas admirados y trotamundos. Con Pacho Reyero, por ejemplo, que es un periodista leonés con muchos vuelos, nacionales e internacionales.